



© ELOI BONJOCH

PLAFÓN CERÁMICO DEL ANTIGUO HOSPITAL DE LA SANTA CREU. BARCELONA

LA CERÁMICA DECORADA

LA CERÁMICA DECORADA OCUPA EN CATALUÑA UN LUGAR DE PRIVILEGIO, POR SU LARGA TRADICIÓN. HAY QUE DISTINGUIR DOS TIPOS BÁSICOS DE CERÁMICA DE ÉPOCA BARROCA, SEGÚN SU FUNCIÓN PRINCIPAL: EL UTILITARIO Y EL DECORATIVO. EN CUALQUIER CASO, HAY QUE DESTACAR QUE LA CERÁMICA CATALANA GOZA DE UNA CREATIVIDAD Y DE UNA ORIGINALIDAD FUERA DE DUDAS.

MARIÀ CARBONELL PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

Entre las mal denominadas artes “menores”, la cerámica decorada ocupa en Cataluña un lugar de privilegio, por su larga tradición y por la aceptación de amplios sectores del público. Existe, además, una conspicua producción antigua, bien conservada, y abundantes estudios sobre el tema. Sin embargo, en cuanto se refiere a la cerámica de época barroca, hay que señalar algunos problemas de difícil respuesta. El primero es la posibilidad de definir qué es, en cerámica, barroco (término que tampoco admite una definición genérica totalmente unitaria). Si admitimos las características convencionales que se aplican al arte de los

siglos XVII y XVIII, es difícil hablar de cerámica barroca catalana, a pesar de que algunas piezas, especialmente las de carácter suntuoso y decorativo, sí permiten esa calificación. En cualquier caso, debe interesar menos la etiqueta que el descubrimiento de la creatividad y originalidad de nuestra cerámica, aspectos que no se le pueden negar. La segunda cuestión es la definición de cerámica decorada, ya que las piezas de alfarería más popular pueden recibir una decoración pintada o vidriada, y las obras más suntuosas pueden tener una función utilitaria; la cerámica más popular presenta también un interés artístico, pero que no es prioritario ni decisi-

vo, por lo que no podemos considerarla aquí. El tercer problema es la plausible existencia de características comunes a toda la producción del período que tratamos. En este sentido, cabe observar la variedad de formas y tipologías, y los cambios que se producen a lo largo del tiempo, especialmente en la ornamentación, lo cual ha llevado a los estudiosos a establecer diversas “series” de obras, que permiten identificar su procedencia y datación. Aun así, puede afirmarse un aumento del gusto por la policromía, a pesar de la abundante producción cerámica de color azul, de una afición a la exhuberancia ornamental y de la difusión de formas naturalistas. Debe consi-



XOCOLATADA, MUSEO DE CERÁMICA



derarse, asimismo, el caso de los límites cronológicos. En principio, no pueden aceptarse prejuicios en cuanto a las épocas, ya que el 1600 no supone una ruptura con la cerámica renacentista, en particular la de reflejos metálicos, ni el 1700 supone un cambio significativo de la producción local. En rigor, no existe una cerámica catalana rococó, y el barroco se agota en sí mismo coincidiendo con la llegada del gusto neoclásico.

Quizás sea útil distinguir entre dos tipos básicos de cerámica de época barroca, según su función principal: el utilitario y el decorativo. Del primer caso existen muchas formas: platos, escudillas, jarrones, albarellos, aguamanos, terrizas, etc. Aludir a su utilidad práctica no implica negar su valor estético, ni una misión también decorativa. En algunos casos se trata de piezas magníficas, pero siempre denotan un lujo notable, como puede deducirse de la riqueza ornamental, del uso de óxidos metálicos que encarecen la obra, de la presencia de escudos y elementos heráldicos, de la ocasional imitación de la orfebrería, etc. Es sintomático que en 1601 se promulgara en la Corte una pragmática de austeridad, prohibiendo el uso de vajillas de Talavera, es decir, policromas. Ciertamente su uso debió difundirse con el tiempo, pero ni mucho menos podían estar al alcance de todos. La función más claramente decorativa se reserva a los azulejos, tanto los llamados “de oficios”, como los que forman

composiciones murales o de pavimento, teniendo en este último caso un carácter a menudo narrativo.

El tipo que hemos denominado “utilitario” mantiene las tres clases de decoración que ya existían a finales del siglo XVI: dorada, azul y policroma. La primera, que hallamos en objetos muy diversos, se fabricaba en Barcelona y Reus; su repertorio ornamental es muy variado (hojas lisas, flores, cartelas y elementos heráldicos, personajes de la época y mitológicos, etc.), pero su producción no perdura mucho más allá de la Guerra dels Segadors. En el siglo XVII la cerámica azul, muy habitual en platos, pero también en albarellos y aguamanos, suele presentar una decoración figurada, aunque generalmente se divide en series, según el dibujo de la cenefa: “del higo”, “de la corbata”, “de la dedada”, “de cinta y palmeta”, “de tulipa”, “de la butifarra”. En el siglo XVIII se mantienen algunos de esos motivos, y aparecen otros nuevos: “del pendiente”, “de las blondas”, “de la cereza”. La cerámica policroma, también llamada loza, importada a Cataluña desde Talavera por Lorenzo de Madrid, a fines del siglo XVI, se caracteriza por los colores azul, amarillo, verde, naranja y morado. En una primera fase adopta una policromía sencilla, a menudo en temas figurados de clara influencia italiana, para ir aumentando los efectos colorísticos y los motivos ornamentales (animales, jarrones con flores, etc.). Además de las obras barcelonesas, se

han podido establecer series particulares de otras zonas: botes de farmacia de Escornalbou, platos de la Segarra (algunos en azul), platos de Mataró y de Bañolas.

La función más claramente decorativa queda asignada a los azulejos pintados o vidriados, donde alcanza una calidad aceptable, aunque sin igualar la de los obradores valencianos. Hoy en día son muy apreciados los azulejos “de oficios”, en general policromos, aunque también los hay que reproducen otros temas, derivados de bestiarios, aleruyas, etc. Sin embargo, cabe destacar por su valor artístico las composiciones murales y los frontales de altar. Estos últimos son de temática religiosa, claro está, pero aquéllas pueden tener también otros motivos, como paisajes (monasterio de Pedralbes), mitologías (Museo Vicenç Ros de Martorell) y batallas (de Lepanto, en la capilla del Rosario, de Valls; “de los gatos y las ratas”, del Museo V. Ros; naval, de la colección Roviralta, de Lloret). En el siglo XVIII existen notables representaciones religiosas, pero se incrementa la temática profana, con barcos (por ejemplo el Correu de Mallorca, del Museo Marítimo de Barcelona), cacerías (Museo Vicenç Ros), paisajes con figuras (frisos del Museo Cerámico de Barcelona), escenas de género (las famosas “Xocolatada” y “Cursa de braus” del Museo Cerámico, procedentes de la Font de la Salut, de Alella), e incluso retratos (fachada de la Torre Tavernera, en Vallromanes. ●